



40 años de democracia: participación, acuerdos y desafíos

40 years of democracy: participation, agreements and challenges

Mgtr. Victoria Zapata

Docente. Investigadora. Directora de la carrera Lic. en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Facultad de Derecho y Ciencias Política, UCALP.

Recepción: 17/11/2023 | Aprobación: 21/11/2023

Pensar en democracia, o al menos intentar reflexionar sobre ella, podría llevar a desentrañar consideraciones conceptuales sobre su definición, evolución o quizá las herramientas que son básicas para su propio desenvolvimiento.

Pero la intención de este escrito es pensar la democracia desde otro lugar. Pensarla como construcción de posibilidades, como el camino que garantiza los principales fundamentos de nuestros derechos más básicos. Querer hablar de ella desde la esperanza de una apreciación acorde a los tiempos, centrada en la razonabilidad de nuestra historia y, sobre todo, garantizando las motivaciones por las cuales podemos hoy celebrar nuestros jóvenes 40 años de democracia ininterrumpidos.

Allí es donde quisiera comenzar a pensar en el ejercicio de la democracia, como motor y como proceso. Pensar además la participación democrática. Esa que brinda oportunidades de hacer valer nuestra voz, de profundizar en lo colectivo. De mirarnos y sostenernos.

Partamos de algo simple. La participación ciudadana en democracia es un proceso que no se define en abstracto, sino en torno a cuestiones socialmente problematizadas; mejor dicho, la participación es un proceso situado. Tiene un tiempo, tiene un espacio y tiene una razón de ser.

Considerando que la participación es un proceso situado, la democracia podría pensarse entonces como el espacio donde aquella se hace posible. La participación implica promover escenarios que hagan visibles a los actores del entramado sociopolítico y a sus relaciones de poder —incluidos los actores gubernamentales, por cierto— alrededor de una cuestión socialmente problematizada, a fin de recuperar la historia de las demandas, de los actores y de las políticas puestas en marcha para darles respuesta.

Sin embargo, el proceso de participación no deja de ser algo conflictivo, algo donde la interacción de intereses no siempre es el resultado de dinámicas simples o desprovistas de quiebres. Conducir y orientar la participación democrática deberá contener dichas tensiones y diferencias con la innegable estrategia de construir nuevos acuerdos y consensos. Supone poner en juego una amplia gama de capacidades que la propia participación deberá valorar o rechazar.

Pensemos además la participación democrática como la esfera donde quienes participamos de ella lo hacemos con una posición tomada, con deseos e inquietudes, con frustraciones o deseos; pero lo importante es que podamos hacerlo teniendo un marco de referencia: un conjunto de reglas de juego claras, transparentes, que constituyan la institucionalidad de nuestra participación, definan escenarios y definan nuestra relación.

La participación democrática, entonces, crea condiciones nuevas para impulsar reformas prioritarias; moviliza y transforma; abre las conciencias, y corre las fronteras de lo posible.

Ahora bien, podríamos preguntarnos hacia dónde van esas fronteras, cuánto se amplían o restringen de acuerdo a quienes tienen el deber institucional y moral de garantizarlas. Hoy nuestras demandas se ampliaron, hoy nuestras fronteras ampliaron derechos. Por lo tanto, en democracia es tarea de los actores políticos, de los partidos desde sus bases, recoger esas aspiraciones y desarrollar proyectos para subsanar inconsistencias, disminuir asimetrías e innovar con inclusión. Si no se atienden a tiempo las dificultades y asperezas del diálogo social, la tensión aumenta; la frustración hace cuestionar los cimientos del sistema. No se distingue entre buena democracia y buen gobierno, y la desconfianza los unifica.

¿Qué nos permite sostener la confianza en el sistema político, en la democracia si lo que nos descontenta son políticas coyunturales, proyectos que quedaron trancos, demandas que no fueron satisfechas? ¿Un mal gobierno representa entonces una mala democracia?

Como dijimos, las fronteras de la participación democrática se amplían. Entonces podríamos argumentar que la mejor democracia es la que contenga y responda en cada momento a la mayor cantidad de demandas. Si se amplían derechos, se robustece nuestro sistema; si por lo tanto se restringen, podríamos sospechar que el orden o control político se disfraza de autoritarismo.

Porque más allá de su temporalidad o de su definición, la democracia en todo el mundo se ha enfrentado, y sigue haciéndolo, a sus propios desafíos: reconocer que no siempre la igualdad es posible en su ejercicio (sobre todo, en términos socioeconómicos); que posibilitar el sentir de la participación política efectiva es tanto más difícil que ampliar dicha participación; lograr

equilibrar un orden social necesario versus interferir desde el poder mientras se rompen los pactos sociales; y asegurar que la buena democracia además sustente buenos gobiernos.

Estas incapacidades de la democracia pueden ser contingentes, coyunturales o pueden desenvolverse de modo inherente, independientemente del tipo de régimen representativo al que hagamos alusión. Pero las democracias como sistema político no nacen sino de representaciones sociales que son el resultado de revoluciones políticas o bien como instituciones producto de la exportación. Las jóvenes democracias latinoamericanas, como la nuestra, saben mucho de ello.

Así como evolucionan las instituciones, también lo hacen los actores que son parte de ese entramado. ¿Cómo llegan a ser los partidos políticos lo que son en la actualidad? O más aún, ¿cuán representativos son dichos actores del sentir y de las vivencias sociales como para establecerse en su canal de demandas? Esta es una de las principales transformaciones de nuestra democracia en estos 40 años. Los partidos tradicionales vieron construir sus bases desde el sentir de movimientos sociales que bregaron por la ampliación de derechos, inclusión de políticas activas de un Estado que se hace presente en la cosa pública y modera los elementos disruptivos, la intolerancia.

Pero los partidos políticos también fueron testigos de su propia metamorfosis. Se erigieron espacios con representación electoral con formato de «frente» o «coalición»; aunque el ejercicio de gobierno sea mucho más complejo que ganar una elección. Y allí vimos nacer la transformación más significativa para la política argentina de este tiempo: el bicoalicionismo, que transformó las bases mismas del bipartidismo tradicional.

En ese discurrir político, nuestra joven democracia vio quebrar sus cimientos en un «que se vayan todos» hacia un «están los mismos desde otro lugar». Ahí es donde encontramos la explicación al desencanto que existe sobre lo que nuestra institucionalidad democrática logró construir, resolver, ampliar y sostener. Porque garantizar el proceso electoral para definir gobernantes es una de las herramientas de la democracia, pero no la única. La desigualdad, las asimetrías y las diferencias deben encontrar espacios donde la cohesión sea la que argumente políticas de corto y mediano plazo; en otras palabras, del decir a la praxis, hay una distancia que puede sostenerse o ampliarse, pero debe ser necesariamente cautelosa para manifestar las demandas de la mayor parte de la población.

«Siempre que las palabras y las acciones divergen, podemos sospechar que hay intereses en juego» (Przeworski, 2016, p. 45). Las decisiones colectivas que surgen del proceso democrático reflejan y representan distribuciones de preferencias, de poder. Pero la estructura de gobierno antecede a la elección popular, porque lo que se puede esperar de ellos depende lisa y llanamente de lo que puedan o no hacer, de lo que decidan o no llevar adelante. Esa condición de posibilidad está además atada a la forma en la que están organizados.

La democracia no es sino el marco dentro del cual las personas, reconocidas como iguales, más o menos libres y más o menos eficientes, pueden lograr en forma pacífica transformar el mundo en el que viven de acuerdo a sus valores, visiones e intereses.

A 40 años del retorno de la democracia en la Argentina, nuestra sociedad se enfrenta hoy a la dura tarea de encontrar el sentido y pertenencia a valores e intereses que representen cabalmente nuestros deseos. Ninguna sociedad puede sostenerse desde la negación a la otredad; ninguna puede hacerlo desde el odio o la intolerancia. La participación deberá ser robusta, decidida. La participación democrática deberá ver reflejadas las demandas de este nuevo tiempo. Construir desde el presente y conservar la memoria para manifestar el futuro que queremos.

Referencias

Przeworski, A. (2016). *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*. Siglo XXI editores.